

## ¿Qué pretende el Código Da Vinci?

*Alberto Fernando Roldán*

En los últimos meses la novela *El Código Da Vinci*<sup>1</sup> se colocó en el primer lugar como *best seller* en Argentina en el género de ficción. Su autor, Dan Brown es hijo de un profesor de matemáticas y de una compositora de música sacra. Dan siempre tuvo una fuerte inclinación a las relaciones y vinculaciones entre la ciencia y la religión. En la presente obra afirma haber investigado profundamente en el museo del Louvre, la biblioteca de la Sociedad Gnóstica, la Biblioteca Nacional de Francia y a cinco miembros del Opus Dei. Antes de comenzar su narrativa, en lo que titula “los hechos”, afirma: “Todas las descripciones de obras de arte, edificios, documentos y rituales secretos que aparecen en esta novela son veraces.”<sup>2</sup> Se trata de una afirmación rotunda y osada porque, tratándose una obra de ficción, es legítimo preguntarse hasta qué punto los hechos narrados son históricos y veraces. Pero aún aceptando la postura del autor, sí cabe preguntarse en qué medida las deducciones, diálogos, negaciones y afirmaciones de los personajes se ajustan a los hechos históricos y en qué medida los tergiversan. Inclusive, debiéramos preguntarnos qué esconde el *Código Da Vinci* en su mensaje que podríamos denominar “subliminal”. O sea: ¿qué es lo que finalmente quiere comunicar?

Leímos la obra de cabo a rabo. Son algo más de 500 páginas en la edición española. El lenguaje es fluído y fácil de seguir. Personajes centrales de la novela son Sophie y Langdom. El abuelo de Sophie –el último Gran Maestro de una secta secreta– le habría transmitido a ella la clave secreta relacionada con el Santo Grial. Se trata, en principio, del caliz que Jesús habría usado al celebrar la Última Cena con sus discípulos. Y decimos “en principio” porque como veremos luego, en la parte casi final de la narrativa el Santo Grial representa algo bien diferente para los personajes actantes.<sup>3</sup>

**Personajes disímiles.** Además de Sophie y del profesor Robert Langdon, aparecen también representantes del Opus Dei en España, mencionándose también a músicos como Elton John y Michael Jager, entre otros personajes actuales. Pero quienes son mencionados en forma reiterada: Leonardo Da Vinci, los Caballeros Templarios, Jesucristo, los apóstoles, María Magdalena y sir Leigh Teabing que, al final, resulta ser el personaje clave en tanto dilucida los misterios y explica –en tono doctoral y agnóstico– lo que es la religión y, particularmente el cristianismo.

**El Santo Grial, la otra María.** Como decíamos, el Santo Grial es una referencia específica al caliz que Jesús de Nazaret habría usado al celebrar la eucaristía y que de

---

<sup>1</sup> Dan Brown, *El Código Da Vinci*, Barcelona: Umbriel, 2004.

<sup>2</sup> *Ibíd.*, p. 11.

<sup>3</sup> Otra obra en la que se intenta ofrecer una explicación histórica y científica del Santo Grial es la de Laurence Gardner, *La herencia del Santo Grial. La historia secreta de los hijos de Jesús*, Barcelona: Grijalbo, 1999. Entre otras cosas, Gardner afirma que Jesús era un judío helenizado y confunde a Simón del Mago (Hch. 8) con Simón el zelote, discípulo de Jesús. *Ibíd.*, pp. 83 y 71, respectivamente.

modos acaso imposibles de rastrear se lo conservó a través de milenios. Su importancia era tal que fueron designados caballeros guardianes del mismo. En el capítulo 38 de la novela, se dice de Sophie: “Siempre había creído que el Santo Grial era el cáliz en el que Jesús había bebido durante la última cena y con el que, posteriormente José de Arimatea había recogido la sangre que brotaba del costado en el momento de la crucifixión.”<sup>4</sup> Pero Langdon, susurrándole al oído, le explica a Sophie que según el Priorato de Sión, el Santo Grial no es en modo alguno un cáliz. Se trata de una “ingeniosa alegoría. Es decir, que la historia del Grial usa el cáliz como una metáfora de otra cosa, de algo mucho más poderoso.”<sup>5</sup> Entra en escena un tal Jonas Faukman, editor neoyorkino. En un diálogo imperdible por su tenor humorístico, le dice Langdon:

Es imposible que estas obras compitan con siglos de historia oficial y más cuando esa historia tiene el aval del mayor best seller de todos los tiempos.

Faukman arqueó las cejas.

–No me digas que Harry Potter va sobre el Santo Grial.

–Me refería a la Biblia.

Faukman levantó la cabeza.

–Ya lo sabía.<sup>6</sup>

La sola mención de la Biblia ya suscita nuestro interés por ver y analizar como se la menciona. Pero no nos apresuremos. Vayamos por parte. Dejemos ese tema para más adelante. La narrativa sigue por senderos muy intrincados hasta que se llega al capítulo 55 donde se ofrece la clave interpretativa del “Santo Grial”. Allí se afirma que “la Biblia es producto del hombre”<sup>7</sup> y que “Jesús fue una figura histórica de inmensa influencia”<sup>8</sup> pero que la victoria del cristianismo –afirma sir Leigh Teabing<sup>9</sup>– vino por “culpa” de Constantino quien unificó el imperio bajo una sola religión: el cristianismo. Teabing también se animó a decir que nada en el cristianismo es original y que todas sus afirmaciones y títulos referidos a Jesucristo son tomados de otras religiones. Para esta novela, la divinidad de Jesucristo es un asunto que hay que atribuir, otra vez, a Constantino. En el diálogo central sobre el tema, dicen los personajes:

–Querida –declaró sir Leigh–, hasta ese momento de la historia, Jesús era, para sus seguidores, un profeta mortal... un hombre grande y poderoso, pero un hombre, un ser mortal.

–¿No el Hijo de Dios?

–Exacto. El hecho de que Jesús pasara a considerarse ‘el Hijo de Dios’ se propuso y se votó en el Concilio de Nicea.”<sup>10</sup>

---

<sup>4</sup> *Ibíd.*, p. 20.5

<sup>5</sup> *Ibíd.*, p. 206.

<sup>6</sup> *Ibíd.*, pp. 207-208.

<sup>7</sup> *Ibíd.*, p. 288.

<sup>8</sup> *Ibíd.*

<sup>9</sup> Este personaje es presentado como un caballero británico que consagró toda su vida al tema del Santo Grial, a quien la reina de Inglaterra consagró como *Sir*, hace unos años. *Ibíd.*, p. 274.

<sup>10</sup> *Ibíd.*, p. 290.

Más adelante, pero en forma más rotunda, Teabing dice: “casi todo lo que nuestros padres nos han enseñado sobre Jesús es falso.”<sup>11</sup> Pero volviendo al tema central de este acápite, al final del capítulo 55 se insinúa que el famoso Santo Grial no es una cosa, sino una persona. Apelando a los íconos angulares que representan lo masculino y lo femenino, se llega a develar este misterio. Los íconos son:



El primero representa la espada, la agresión, inclusive se relaciona con los símbolos fálicos. El segundo, representa lo femenino en tanto receptivo. De estas imágenes Langdon “deduce” que el cáliz representa como metáfora mucho más que la simple referencia a una copa y avanza un poco más para afirmar: “El Grial es, literalmente, el símbolo más antiguo de la feminidad, y el Santo Grial representa la divinidad femenina y la diosa, que por supuesto se ha perdido, suprimida de raíz por la Iglesia.”<sup>12</sup>

La identificación precisa de esa mujer se produce en el capítulo 56. En efecto, a partir de la cuidadosa observación del cuadro de Leonardo da Vinci, *La última cena*, donde, por sus contornos bien femeninos, se descubre una mujer que es, precisamente, María Magdalena. Teabing avanza tanto en sus deducciones que por un lado afirma sin ambages: “todos los evangelios que describieran los aspectos ‘terrenales’ de su vida [de Jesús] debían omitirse en la Biblia.”<sup>13</sup> Por otro, llega a una más osada afirmación: María Magdalena se casó con Jesús. Ella debía haber sido la verdadera iniciadora de la Iglesia ya que, afirma Teabing que Jesús “le da a María Magdalena instrucciones para que ponga en marcha la Iglesia una vez que Él ya no esté.”<sup>14</sup> Y concluye Teabing:

–La leyenda del Santo Grial es una leyenda sobre la sangre real. Cuando se dice que el Grial es ‘el cáliz que contenía la sangre de Cristo’... se está hablando, en realidad, de María Magdalena, del vientre femenino que perpetuaba la sangre real de Cristo.<sup>15</sup>

Como si esos datos fueran insuficientes, el mismo personaje afirmará en el capítulo 60, que “María Magdalena estaba encinta en el momento de la crucifixión.”<sup>16</sup> Y que al final María dio a luz una hija en territorio francés, que se llamó Sarah. Nuestro acápite termina. Quizás huelga aclarar que cuando lo titulamos: “El Santo Grial, la otra María” a modo de aposición en el que la coma significa “es decir” nos estamos refiriendo a que el Santo Grial es, según estas ingeniosas elocubraciones: la otra María, la Magdalena, para distinguirla de María, la

<sup>11</sup> *Ibíd.*, p. 292.

<sup>12</sup> *Ibíd.*, p. 296.

<sup>13</sup> *Ibíd.*, p. 303.

<sup>14</sup> *Ibíd.*, p. 308.

<sup>15</sup> *Ibíd.*, p. 310.

<sup>16</sup> *Ibíd.*, p. 317.

madre de Jesús. La cofradía del Santo Grial erige toda una sistemática teológica a partir del oscuro significado metafórico del Santo Grial que sería, en su creativa interpretación, una referencia a María Magdalena, la esposa de Jesús, con quien el Maestro de Nazaret habría tenido una hija nacida en Francia.<sup>17</sup> Vayamos ahora a otros aspectos que tienen que ver con el fundamento de la fe cristiana, es decir, las Escrituras.

**Críticas a la Biblia.** Aunque las referencias a la Biblia no son frecuentes en esta novela, las pocas de ellas son siempre negativas y tendenciosas. Ya en el diálogo que reproducimos donde se mencionaba junto a Harry Potter, uno de los personajes identificaba a la Biblia con “la historia oficial” a la cual no se la puede derrotar –decía– porque abarca siglos de permanencia y difusión. Una declaración hasta cierto punto rescatable es cuando sir Leigh Teabing dice: “Para comprender plenamente el Grial –prosiguió Teabing– debemos primero entender la Biblia.”<sup>18</sup> Que hay que entender la Biblia como fuente primaria para la fe en Jesús, no cabe duda. No estamos tan seguros qué importancia puede tener para comprender el Santo Grial, aspecto casi sin demasiada importancia para los evangelios y las epístolas del Nuevo Testamento. Más adelante, Teabing dice a Sophie: “La Biblia es producto del hombre, querida. No de Dios. La Biblia no nos cayó de las nubes.”<sup>19</sup> Se trata de una antigua argucia para mezclar verdad con mentira. En términos estrictos, la declaración encierra una verdad. Ningún cristiano con algunas luces en cuanto al origen de la Biblia y su transmisión, afirma o siquiera insinúa que la Biblia cayó del cielo, al modo como las planchas de oro fueron encontradas por José Smith según las tradiciones mormonas.

La Biblia es producto de siglos de transmisión y fue escrita por seres humanos de carne y hueso. Pero de allí deducir o descartar ninguna presencia sobrenatural en ella, es demasiado. ¿Qué hacemos con las cientos de profecías cumplidas de la Biblia? ¿Cómo explicamos más de 300 profecías mesiánicas cumplidas en Jesús de Nazaret? Cuando Teabing afirma: “Tampoco se puede demostrar la autenticidad de la Biblia”<sup>20</sup> uno diría que si eso es verdad –y lo es hasta cierto punto– tampoco se puede demostrar la autenticidad de los documentos y menos aún de las deducciones que estos personajes hacen sobre oscuros códigos y simbolismos como el del famoso Santo Grial. Y que si negamos autenticidad a la Biblia entonces debemos negarla de cualquier hecho de la historia antigua, del pensamiento de Platón, Aristóteles y otros clásicos griegos, de cuyas obras se conservan algunos manuscritos bien antiguos a sus originales. Mientras que en lo atinente al Nuevo Testamento existen hoy más de 4000 manuscritos algunos de ellos muy cercanos a los originales que, por supuesto, no existen al igual que –insistimos– no existen originales de *República* o *Timeo* de Platón o *Metafísica* de Aristóteles.

Pero hay una mención de manuscritos antiguos que la novela vincula con el cristianismo neotestamentario. Se trata de la siguiente afirmación de sir Teabing:

---

<sup>17</sup> Estas afirmaciones nos hacen recordar –por vía de comparación– otras “historias de Jesús” como la de los mormones.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 286.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 288.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 317.

“–Son copias de los rollos de Nag Hammadi y del Mar Muerto de los que hablaba antes. Los primeros documentos del cristianismo. Curiosamente no coinciden con los evangelios de la Biblia.”<sup>21</sup> Lo menos que podemos decir es que se trata de una vinculación confusa y, acaso, tendiente a confundir. Porque es cierto que los manuscritos Nag-Hammadi se refieren, efectivamente, a ciertos evangelios gnósticos (*Evangelio de María, Apócrifo de Juan, Evangelio de Tomás, el Evangelio de Verdad*, entre otros). En un análisis minucioso de sus contenidos y comparación con el Nuevo Testamento, afirma J. Ménard: “En el *Evangelio de Verdad*, Dios es el Gran Todo., correspondiendo en el hombre al *noús* (facultad de pensar), por quien y en quien todo existe. Dios y el Todo constituyen una misma entidad. No cabe duda de que se podrían citar textos neotestamentarios que implican afirmaciones parecidas, pero tomadas fuera de su contexto.”<sup>22</sup>

En lo que se refiere a los Manuscritos del Mar Muerto, todos ellos se relacionan con el Antiguo Testamento y fue un descubrimiento realmente espectacular, toda vez que se encontraron manuscritos de la mayoría de los libros del Antiguo Testamento lo que permitió comprobar cuán fielmente los judíos habían transmitido el texto de la Biblia a través de los siglos. Por lo tanto, no tienen –como pretende la novela– nada que ver con el cristianismo y los evangelios. El descubrimiento de los rollos del Mar Muerto se produjo en 1947, lo que permitió conocer con bastante profundidad las costumbres y creencias de la comunidad de Qumrán.<sup>23</sup> En síntesis, estos manuscritos del Mar Muerto no son, como afirma *El Código Da Vinci* “primeros documentos del cristianismo.”

**Códigos secretos, era de Acuario y algo más.** El limitado espacio que nos hemos impuesto para desarrollar este ensayo no nos permite entrar en toda la intrincada maraña de símbolos, códigos secretos, acertijos y criptografía. La novela gira en torno a significados ocultos en las pinturas de Leonardo Da Vinci, números simbólicos a partir de los cuales se descifran enigmas. Por momentos, la obra parece evocar el famoso *Código de la Biblia* de profusa difusión en nuestros días. El autor juega con las fuentes, los personajes y las ideas, ya que incluye también la astrología. En efecto, Langdon afirma que “ha concluido la era astrológica de Piscis, que ha durado dos mil años y que representa el pez, que también es el símbolo de Jesús.”<sup>24</sup> Para afirmar luego que “ahora hemos entrado en la Era de Acuario, el Fin de los Días ha llegado.”<sup>25</sup> Si esto pretende ser ciencia basada en textos fidedignos y conclusiones sólidas, entonces todo es ciencia y todo es creíble. Si se pretende decir que ha terminado la era del cristianismo, mucho tememos que tal aspiración por parte de sus enemigos tendrá que esperar un buen rato. Es en este terreno de la parte final de la novela donde todo se mezcla: religión, Biblia, caballeros medievales, el Santo Grial reinterpretado, Jesús, María Magdalena, y el aporte de Leonardo Da Vinci, claro. Se trata de una *melange* propia de quienes apelan a cualquier recurso que, ciertamente, en lo ficcional es perfectamente legítimo. En lo ficcional, reiteramos, pero no en lo histórico. Y aquí llegamos a la última sección: ¿Cómo se narra la historia y cómo se expresa la religión?

---

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 305.

<sup>22</sup> *Enciclopedia de la Biblia*, vol. V, Barcelona: Garriga, 1963, artículo “Nag-Hammadi, columna 430.

<sup>23</sup> Para abundante información, véase *Ibid.*, volumen VI, artículos “Qumrán, comunidad de”, “Qumrán, manuscritos de”, columnas 40-74.

<sup>24</sup> *Op. Cit.* p. 332.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 333.

**Lenguaje simbólico y realidad histórica.** En los últimos tramos de la narrativa, concretamente en el capítulo 82, los personajes dialogan sobre el tema del lenguaje religioso. Por una parte Langdon afirma que miles de documentos antiguos “demuestran la falsedad de los testimonios que aparecen en el Nuevo Testamento.”<sup>26</sup> Para después dar cátedra sobre la naturaleza de todas las religiones:

–Sophie, todas las religiones del mundo están basadas en invenciones. Esa es la estricta definición de lo que es la fe, la aceptación de lo que imaginamos verdadero pero que no podemos demostrar. Todas las religiones describen a Dios recurriendo a la metáfora, a la alegoría y a la exageración, tanto en el antiguo Egipto como en las clases de catequesis de las parroquias. El problema surge cuando empezamos a creer literalmente a las metáforas que nosotros mismos hemos creado.<sup>27</sup>

Afirmar que todas las religiones del mundo son invenciones humanas es cosa fácil. Lo difícil es demostrarlo. Porque, primeramente debiera establecerse cuántas son las religiones del mundo, cuáles son y, después –si queda tiempo– demostrar en qué aspectos concretos son invenciones. Pero el tema que enuncia el personaje Langdon es importante porque –una vez más– mezcla verdad con error. Es cierto que el recurso a la metáfora, también en la fe cristiana, es algo frecuente. Porque Dios, que es el Misterio por excelencia, no puede ser des-cifrado, explicado y tematizado por el ser humano. Por lo tanto, el símbolo y la metáfora son los recursos frecuentes para hablar de Dios, de Jesucristo y de su acción en la vida humana y en el mundo. Uno de los más grandes especialistas sobre el tema hermenéutico, el protestante francés Paul Ricoeur lo afirma:

Por medio del lenguaje simbólico, tenemos el beneficio de contar con un lenguaje que dice más que lo que dice, que significa algo distinto de su sentido literal y que por lo tanto, toma posesión de nosotros porque anuncia sentido, crea un sentido nuevo. [...] en el lenguaje simbólico estamos en presencia de significaciones multívocas donde un sentido remite a otro. Esta fue por otro lado, la significación original del término alegoría, ‘ale-goría’.<sup>28</sup>

Precisamente, sobre la alegoría concede Langdon: “La alegoría religiosa se ha convertido en parte del tejido de la realidad. Y vivir en esa realidad ayuda a millones de personas a resistir y a ser mejores.”<sup>29</sup> Un comentario crítico es impostergable: el personaje Landon parece insinuar que lo metafórico y alegórico son de menor importancia que lo histórico datable. Parece confundir entre lenguaje simbólico e irrealidad histórica. O sea, todo aquello que se transmite por el recurso a la metáfora, el símil o la alegoría es, en resumen, mentira o por lo menos inexacto y sólo los crédulos lo pueden acreditar.<sup>30</sup> Los símbolos, las metáforas y las alegorías bien que no pueden ser tomadas como realidad histórica no necesariamente están en contra de lo histórico. Por el contrario, esos recursos son vehículos plenamente idóneos para transmitir la verdad, en este caso, del Evangelio de

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 422.

<sup>27</sup> *Ibid.*

<sup>28</sup> Paul Ricoeur, *El lenguaje de la fe*, Buenos Aires: La Aurora, 1978, p. 43.

<sup>29</sup> *Op. Cit.*, p. 423.

<sup>30</sup> Uso este verbo en el sentido de “dar crédito a”, perfectamente legítimo en castellano y de uso frecuente en el portugués de Brasil.

Jesucristo. Langdon tiene que reconocer que el cristianismo ha entrado a formar parte del tejido social a través del tiempo, que ya forma parte de la vida humana y de la historia. Ya no será posible, por más esfuerzos que hagan los novelistas o historiadores por desarraigar de la historia la fe de Jesús como el Cristo. A lo menos forma parte de un texto cuya aceptación ha sido casi universal en cuanto a mensaje y estilo de vida.

### Conclusión

*El Código Da Vinci* es una novela que pretende estar fundamentada en documentación histórica y claves y enigmas indescifrables hasta que aparecen personajes como sir Leigh Teabing que a modo experto hermeneuta devela esos misterios. Como novela, resulta algo interesante por la trama y los hechos que narra y, sobre todo, por su lenguaje llano y directo, fácil de seguir. Concidimos con *The New York Times* cuando la define como “Un inteligente *thriller* lleno de enigmas y códigos que, sin duda, puede recomentarse con profundo entusiasmo.”<sup>31</sup> Pero no es nada más que eso: una novela. Todos sabemos que el género ficcional es un acuerdo entre el escritor y el lector. Se trata de un acuerdo tácito: el escritor miente y el lector le cree. En el presente caso, no estamos en condiciones de afirmar cuáles son los móviles que condujeron a Dan Brown a elaborar su narrativa. Pero tenemos derecho de sospechar que, acaso, el fin último de sus elocubraciones, códigos secretos, enigmas indescifrables, simbolismos múltiples, tiende a desacreditar la verdad de Jesucristo. Claro que esa verdad no es rastreable por los métodos científicos y ni siquiera históricos. Porque, como claramente sentenciaba Emil Brunner: “El Cristo real no es visible para el ojo del historiador. Ver la revelación de Dios en Cristo es un privilegio de la gracia de la fe, del creyente y no del historiador; o hablando metafísicamente, el órgano con el cual Cristo es aprehendido no es el ojo científico del historiador sino el ojo espiritual del creyente.”<sup>32</sup>

En síntesis, desde el punto de vista literario, *El Código Da Vinci* es una novela que aborda un tema tan importante como el cristianismo. Su autor apela a códigos secretos, enigmas y simbolismos que, en algunos casos, mezclan verdad con mentira. En otros casos, sus protagonistas llegan a conclusiones tan osadas como disparatadas, como que Jesús tuvo una hija con María Magdalena y que esa supuesta hija de Jesús nació en Francia. Una cosa se mantiene firme, incólume, enhiesta, luego de leer este *thriller*: la verdadera fe en Jesús como el Cristo no necesita de descifradores de enigmas. Por una sencilla razón: el Evangelio, mensaje de Dios, tuvo desde sus mismos orígenes dimensión de universalidad y potencialidad transformadora. No en vano Pablo lo definió como “fuerza de Dios y salvación para todo aquel que cree.”<sup>33</sup> Dudamos –seriamente– que el *Código Da Vinci* tenga la misma potencialidad.

© Alberto Fernando Roldán. [www.teologos.com.ar](http://www.teologos.com.ar) ofrece este trabajo a los fines pedagógicos. Cualquier otro uso deberá contar con la respectiva autorización previa de su autor.  
Buenos Aires, 22 de Agosto de 2004.

---

<sup>31</sup> Contratapa del libro.

<sup>32</sup> Emil Brunner, *Teología da crise*, San Pablo: Novo Século, 2000, p. 53.

<sup>33</sup> Romanos 1.16.